

En el Certamen Literario del Cuarto Centenario de Santiago de Chile. Juvencio Valle obtiene el primer premio de poesía con «Nimbo de Piedra». Diez poemas forman el libro. La mayoría son cantos largos, y pesar de esto su voz mantiene el ritmo, la fuerza y la delicadeza que le son propias al poeta. Juvencio Valle, como en sus demás libros continúa cantando los motivos de su tierra, salvo en uno o dos poemas que están inspirados en hechos sentimentales o sociales. Pero es siempre la naturaleza del sur la que predomina en «Nimbo de Piedra», poemario que reúne todas las cualidades y características de su poesía, de su personal acento y alcornia incomparable.

Juvencio Valle, en un largo poema, «Chile del Sur», canta a su amada provincia con fervor y regocijo, vibra como un canto de árbol, da la sensación de un canal que abraza, o ese amor del pájaro por su nido. Y ese canto mismo de Chile del Sur es la misma tierra que se levanta e ilumina la voz del poeta, que sueña y se alimenta de su florido Chile del Sur. No hay otro poema en el libro que tenga el sortilegio y la expresión secreta de lo que es la poesía de Juvencio Valle. Ha reunido en este canto todos los elementos de su provincia, y ha desencadenado todo su amor por el paisaje del sur, y ha puesto toda su maestría por recoger el señorío y la dominación de la naturaleza que se hace sentir en todos los que viven esa tierra sureña, tan selvática como bella.—FRANCISCO SANTANA.

<https://doi.org/10.29393/At201-16EVML10016>

LA ESPAÑA DE MI VIDA.—Autobiografía. Angel Ossorio. Ed. Losada, Buenos Aires. 1941, por Manuel López-Rey

Don Angel Ossorio y Gallardo no sólo representa sino es, una personalidad que en el escenario español, difícilmente se volverá a presentar. Nacido en una época cuyos restos alcan-

zamos aún a contemplar en nuestra mocedad, supo resistir, no entregándose, al ambiente de su tiempo, a ese ambiente que crudamente nos pinta en las primeras páginas de su libro y que afortunadamente desapareció para siempre. Ante lo ido de esa España, que no es toda su vida, el autor no adopta postura doliente sino que objetivamente, a veces con crudeza, nos dice cual fué la España de su juventud, más concretamente la del medio en que tuvo que moverse.

Era una época en que toda una concepción mediocre del mundo y de la vida, en los sectores dirigentes de la vida española, se iba viniendo abajo sin que los prohombres de entonces se dieran cuenta de ello atentos a situarse en la vida, en el país concebido éste en cierto modo como un patrimonio y con frecuencia, a través de un matrimonio. Era la época de una juventud de clase media y superior, no toda la juventud, castrada que iba pereciendo en la labor mísera de un vivir pero no de un convivir, era la época de los adaptados al medio de los que según Michalovsky renuncian a todo ideal para sacar de su medio el mayor partido posible, de aquellos cuya fórmula de vida se halla totalmente desequilibrada en lo espiritual aunque en lo económico exista, al cabo de años, un superávit; era la época del matrimonio de conveniencia que todavía perdura en ciertos sectores europeos y americanos, del chico listo, seriecito y de «porvenir», con no muchos escrúpulos y a quien el simple pasar de los años, el parentesco por afinidad con cualquier prohombre, un vestir correcto y una barba más o menos a tono convertían a su vez en otro prohombre capaz de regir los destinos de España en cualquier momento, aunque éstos fueran los limitados de una provincia lejana; era la época final de ese siglo XIX en que la gente con un atuendo romántico se vendía correctamente por un puesto, un matrimonio o un empleo, época todavía visible en la Francia de 1939, en esa Francia tan decantada pero no menos podrida. Ossorio y Gallardo para su bien salido de los barrios bajos madrileños que

históricamente han demostrado siempre ser los más altos—ahí está, una vez más un ejemplo, el sitio de Madrid—, se salvó en cuanto decidió hacer por sí mismo su vida, es decir, el opinar por sí mismo, el no venderse para seguir siendo hoy, a sus años, algo respetuosamente importante: una personalidad que es bastante más que persona y personaje ya que aquella y éste son perfectamente concebibles sin personalidad. Sólo puede aspirar a este título, hoy día bastante raro, aquellos que se moldearon libremente y no aceptaron nunca una consigna ni una ideología que les impusiera algo contrario a su sentido de responsabilidad. Como se ve algo difícil, desde hace muchos años, en que todo o casi todo pretende hacerse con desprecio absoluto del individuo.

Los barrios bajos de Madrid no son como los de París, Londres, Viena o Berlín pues en esto, el ibérico, el español es también distinto a los demás. Barrio bajo en Madrid no es suciedad ni miseria, ni tampoco ese mal vivir hecho de restos de otros países, es barrio de gentes de corazón, jaracandosa y chula pero honrada y siempre dispuesta a echar una mano al vecino que la necesite y a decirle la verdad al lucero del alba, barrio bajo madrileño es Pueblo es su más auténtico y fino sentido de trabajo, decencia y conciencia de la propia situación, es el no aspirar a ser señorito pues eso no hace falta, es tan sólo el aspirar a tener una mujer e hijos, charlar unos ratos y trabajar todos los días desde buena hora pues esa fama de un Madrid dormilón no reza más que con el centro: tiendas y oficinas en las que el pueblo verdadero de Madrid ni compra ni está colocado. En esta enjundia madrileña se encuentra toda la clave de Ossorio y Gallardo, tan aferrado al trabajo, a la familia y a decir las cosas por su nombre caiga quien caiga, cualidades malas para diplomático pero magníficas para abogado y sostener un hogar. Es probable que si ese afán, esa ansia de lealtad consigo mismo y con los demás que vemos en Ossorio, hubiera sido el corriente, incluso atenuado, entre los dirigentes

europesos en los últimos veinte años, el mundo no andaría tan mal, pero a todos hombres y países les faltó ese «echarse una mano» del madrileño.

Ossorio y Gallardo fué maurista y al maurismo dedica aún, amorosamente, unas páginas en su libro. El maurismo en España es algo que todavía no tiene la perspectiva histórica necesaria para ser juzgado, pero sí parece evidente que entre Maura hombre y Maura político había una gran distancia, aunque mayor era la existente entre él y la mayor parte de sus partidarios. Respecto a la juventud maurista pese a su acometividad y denuedo, la actitud que conviene es más bien la de un escéptico. En lo político-social tuvo Maura una cierta intuición de lo que había que hacer pero como objetivamente declara Ossorio; no como consecuencia del reconocimiento de un derecho que era preciso aceptar, sino como una «protección» y este sentido de protección, de concesión misericordiosa era el aceptado por la inmensa mayoría del maurismo, salvo unos pocos, entre ellos D. Angel, que ha sido toda su vida un inquieto y disconforme conservador.

Dentro de las páginas palpita toda la agonía de la monarquía española, asesinada por el ansia de poder de un Rey que no se daba cuenta de la transformación española y que creyó siempre en un sentido político-militar de la vida, en ese mismo concepto de salvación armada que ha hecho posible la más grande traición española, al entregar España a un consorcio de participación desigual germano-italiano, del que son modestos representantes unos generales. En España, a partir del siglo XIX, ser militar es ejercer una profesión pluridimensional, pues mientras un abogado, ingeniero o médico con sólo esto, un militar español, y como él muchos otros de Europa y América, se creía ungido especialmente para gobernar, legislar y juzgar de todo ello no para hacer una patria más fuerte, aunque esto se diga hasta la saciedad, sino para lograr ascensos, conservar prerrogativas o eludir responsabilidades. Desde decenios no hu-

bo en España, poder civil, por eso cuando la República vino limpia y serenamente, los militares vieron el peligro y a ellos se asociaron, todos los que sabían era más fácil entenderse con militares descontentos que con republicanos dispuestos a trabajar. En lo internacional, ello tuvo desde luego su repercusión, pues una monarquía tambaleante era más fácil de manejar que un grupo de hombres civiles dispuestos a renovar España. Esto fué visible desde el primer instante en la actitud inglesa y francesa y es aquí, en estas profundidades carentes de comprensión y de generosidad, donde debe verse el germen de la no intervención creada por Inglaterra y servilmente aceptada por Francia, por una Francia que ahora Riom ha demostrado estaba armada pero falta de comprensión y plena de cobardía en sus clases dirigentes. En los dos países hubo egoísmo más que falta de perspectiva histórica lo que no nos impide desear el triunfo inglés

La República española significó, ahí están los casos que narra Ossorio y que no son más que unos pocos de los miles que se sucedieron, el retorno de los españoles a un estado de Derecho, estado que no quiso comprender dentro ni fuera por el hecho trágico de que Europa estaba entregada al miedo, a la cobardía o al egoísmo. En este aspecto son edificantes las vicisitudes de Ossorio como diplomático a las que podríamos agregar, los que lo fuimos, una buena serie de ellas. Y es que la Europa de antes de 1939, salvo rarísimas excepciones, estaba minada por todo eso, siendo la democracia sólo una palabra en Polonia, Grecia, Rumania, Yugoslavia, Holanda, Bélgica, etc. Todas éstas se aferran ahora a una Democracia que olvidaron. Caro lo han pagado. Ese miedo, esa falta de propia dignidad se comprendía en el «encarguito» que el Ministro Spak, socialista, hace al Encargado de Negocios de España en Bruselas y a ese índice puede añadirse el que suministra la evangélica comprensión de un Cardenal-Arzobispo. Ahí, en estos gestos y actitudes, que son unos de tantos, se halla ya en marcha la tra-

gedia europea. Es inocente redargüir con la leyenda de una España «roja», dicha leyenda existió pero hubiera bastado un doble pero simple gesto; Inglaterra y Francia francamente al lado de la República desde el primer momento para destruirla. Al no hacerlo así, coadyuvaron por omisión a todo lo que sucedió después.

La España de la vida de Ossorio es una que en buena parte ha muerto pero que en otra sigue viviendo y trabajando y el autor, con fina sensibilidad ha sabido plegarse a ella para recordar sin pena aquella de sus años moceriles que no volverá jamás. En realidad, en Ossorio como en otros de su época, se encontraron esas dos Españas, pero mientras los más se aferraron a la vieja, a la que en virtud de una evolución histórica tenía que perderse, él saltó la brecha y sin entrega de ninguna clase sigue marchando con el moderno y libre ritmo español. Si por un rasgo se pudiera señalar a un hombre, diríamos que Don Angel se caracteriza por estar siempre en el presente, el sentido de responsabilidad. Su vida, sus libros y su fracaso como político lo acreditan cumplidamente. Es posible que en ocasiones se equivocara, pero en ningún caso lo hizo maliciosamente y en todo momento estuvo presente para dar el grito de protesta ante el atropello. Es dicho sentido el que le vivifica y el que le mantiene trabajando y luchando aún. De ese sentimiento, salen como de un hilo otras características de Don Angel, reflejadas en su libro: su individualismo, su antimaterialismo y su sentido cristiano de la vida. Todo hombre responsable suele ofrecer estas características aunque la última puede ser perfectamente substituída por una reverencia a la Verdad o a una categoría de valores humanos, es decir, con algo de índole espiritual que puede ocupar la plaza de la religión. Ossorio y Gallardo afirma ser demócrata cristiano. Quizá un examen minucioso de todo lo que sostiene en dicho sentido rebase los límites harto tímidos en los tiempos que corren de una democracia cristiana, mas aceptádoselo podemos formular una

pregunta: Si el programa de esa democracia cristiana se realiza ¿se agotaría el ansia de lucha y de reforma social que palpita en Ossorio y Gallardo? Creemos que no y que si tal caso se presentara, Don Angel seguiría rompiendo con sus codos las cercas creadas. Y es aquí, a nuestro juicio, donde se halla el valor humano de Ossorio y Gallardo, el de ser siempre un disconforme generosamente hablando. Lo conseguido le parecería poco. Por ello, su voto por el capital no nos convence mucho aunque le sepamos sincero, pues sabemos que si éste hiciera lo que él dice, que es bastante, Don Angel se levantaría para reclamar en virtud de su democracia cristiana nuevas concesiones o derechos, por ser el conservador más humano y el más peligroso de los conservadores para los propios conservadores a aun para ciertos socialistas o socialistoides.

El libro se agotará pronto y ello más que por la doctrina que encierra por lo que muestra de una vida ejemplar y austera de un viejo abogado, en el más elevado sentido, español. Don Angel ha sido, incluso fuera del Foro, una constante actitud, de magnífico fondo quimérico, de ser responsable, en donde es preciso encontrar la savia de su personalidad y el valor de su ejemplo. Por eso, Don Angel Ossorio y Gallardo, entre amigos y enemigos, entre los de aquí y los de allá, tiene desde hace tiempo conquistado un puesto: el de un hombre que supo luchar manteniendo siempre firme lo que él creía justo, afirmando su personalidad y ésta como todos debían saber, muchos lo olvidaron, es el mayor bien que el hombre tiene que defender, ya que en los momentos actuales significa también libertad.—
MANUEL LÓPEZ-REY.



BOLÍVAR, EL HOMBRE DEL DESTINO por Augusto Iglesias. Edit. Orbe. Santiago, 1942

La lectura de esta biografía de Bolívar, escrita por Augusto Iglesias, constará de tres tomos según lo explica en un